

DISCURSO DE CLAUSURA DE ESTUDIOS

Ilustrísimo señor Rector, señores:

Una luz extraña en que se amortiguan, se desvanecen y se funden, como sobre la dalmática de las emperatrices, el esplendor del oro y de la púrpura, y el brillo del zafiro, del ópalo y del amatista, flota sobre las piedras milenarias del foro romano a la caída de la tarde. Es una mágica armonía de matices, que corre un velo sobre la magnificencia fulgurante del sol, y anuncia con grave cortejo de claridades inciertas, la proximidad del crepúsculo. Bajo el influjo de esa luz extraña alcanza un decoro supremo la pátina que cubre aquellos mármoles abrumados de grandeza.

Sobrecogido de una emoción intensa, el huésped de la ciudad augusta abandona entonces su espíritu al goce torturante de la evocación:

Las lozas destrozadas del comicio recuerdan las reuniones de la muchedumbre legislatora, que encarnó en el pasado y simboliza en el presente, el concepto integral de la república; los vestigios de la basílica Emilia, vinculada al nombre del vencedor de Pydna, las glorias de una estirpe egregia que le dio a Roma el dominio de Macedonia, del Africa y de España, la figura señorial de estadista de Escipión Emiliano y la vehemencia pujante de los Gracos; y las tres soberbias columnas corintias que restan del templo de Cástor y Pólux, la hora decisiva del lago Regilo, anunciada a los habitantes de la Urbe por los divinos gemelos. El recinto intacto donde brotó la fuente de Iuturna suscita la imagen del juez romano que buscó siempre para administrar la justicia, la protección del agua purificadora. Las ruinas problemáticas de la REGIA de

Numa, donde residieron los Pontífices Máximos, y del templo de Vesta, son las voces muertas de aquel paganismo enamorado del placer y de la fuerza, que condujo con triunfal plenitud el carro de la ambición organizadora por todas las sendas de la tierra. La fábrica desmesurada de la basílica Constantina, alza sus arcos y sus bóvedas grandiosos, que habrían de inspirar siglos más tarde a los creadores de la basílica de San Pedro, y que traen a la mente por una lógica asociación de ideas, la influencia providencial del príncipe libertador sobre los destinos del cristianismo. La Vía Sacra mueve la imaginación a reconstruir el solemne y deslumbrante desfile de los generales conquistadores, que llevaban en su séquito encadenados a los reyes extranjeros y a quienes la ciudad embriagaba de gloria al recibirlos como para que no advirtieran el gesto sapiente de la República, que al coronarlos de laurel les arrebatava a la vez, en sus mismos umbrales, los poderes que los habían hecho amos absolutos de los pueblos subyugados.

Cerrando el horizonte hacia el sur, el Palatino sopor-ta la pesadumbre de las decenas de palacios, émulos en suntuosidad los unos de los otros, que plantó sobre el monte de Rómulo la soberbia secular de los emperadores. Los escombros gigantescos, escalonados sobre la colina, en arquerías que la proximidad de la noche llena de sombra y de misterio, parecen custodiar como una guardia de titanes, el recinto sagrado del foro, al cual está encadenada la historia de la humanidad.

Aquel espectáculo de esplendor abatido y de grandezas que fueron, estremece todas las fibras del espíritu y satura al viajero de una impresión honda y melancólica. Con una mirada retrospectiva, en que las vicisitudes de veintisiete siglos surgen en un torbellino vertiginoso de leyendas y de hechos, de imágenes y

de alucinaciones, la inteligencia se esfuerza por reducir a una síntesis la parábola doliente del hombre sobre la tierra.

Mientras tanto, la noche ha triunfado del crepúsculo, y la luna que asciende lentamente por el abismo diáfano y azulado del espacio, insinúa su luz trémula al través de los ventanales del anfiteatro Flavio, donde la voz del viento—que se queja aprisionado por los anillos fantásticos de los tres órdenes de arquitectura superpuestos—parece repetir el lamento formidable de la loba vencida.

No fue sin embargo la memoria de las glorias militares, ni de las ejecutorias cívicas, ni de las capacidades colonizadoras, ni de las realizaciones democráticas, ni siquiera de la portentosa vocación jurídica del pueblo romano, lo que suspendió mi ánimo ante la magnitud suma de aquel hacinamiento de ruinas; ni fueron los vestigios de las construcciones colosales con que la República y el Imperio pretendieron hacer eternos los monumentos de su señorío sobre el mundo, lo que mis ojos absortos contemplaron con mayor ansiedad.

Fue el eco de las voces inolvidables de Catón y de Tiberio Graco, de Antonio y de Sulpicio, de Hortensio y de Licinio Craso, de Escipión Africano y de Tácito; y de la voz sobrehumana de Marco Tulio, el que invadió todo el campo de mi conciencia y sacudió con intensas vibraciones mi sensibilidad; y fue a la serie de bloques colocados al pie del arco de Septimio Severo, a donde se volvieron mis miradas con más fervoroso recogimiento, porque esa plataforma constituye el resto de la tribuna destinada al través de los tiempos a los oradores cuyas arengas agitaron a la muchedumbre reunida en el comicio; tribuna que llevó tradicionalmente el nombre de ROSTRA por haber sido allí enclavadas las proas de bronce de los navíos arrebatados

al enemigo, y que un bajo relieve esculpido sobre el arco de Constantino nos permite todavía reconstruir, con todo el prestigio decorativo que le prestaban los trofeos de la victoria.

Mi imaginación hizo desfilas entonces sobre aquel pedestal que sostuvo la elocuencia de Cicerón, toda la teoría de los oradores eximios. Desde Isócrates hasta Mirabeau y hasta O'Connell, desde San Juan Crisóstomo hasta Bossuet, desde Julio César hasta Simón Bolívar, desde Pericles hasta Castelar, desde Demóstenes hasta William Pitt. Y pensé entonces que el poder soberano de la oratoria ha ejercido mayor influencia sobre los hombres, que los sistemas de los filósofos, la espada de los guerreros, las sentencias del jurisconsulto, el ejemplo de los mártires, la lira encantada de los poetas y la actividad tumultuosa de los héroes.

El orador es el intérprete de la humanidad. Los anhelos, las quejas, las protestas, los sentimientos, las ambiciones de los pueblos, surgen convertidos en fórmulas sonoras y luminosas de sus labios, que a veces agitados por la pasión y la cólera dejan escapar la imprección y la amenaza, con la tempestuosa vehemencia del torrente que se despeña estruendoso y avasallador; a veces movidos por la amargura y la piedad, mantienen a las multitudes en un estado de suave conmoción y de éxtasis trémulo; a veces arrebatados por la gravedad y la grandeza de las circunstancias, cuando periclitán la patria, la libertad o el ideal, vierten sobre las almas el hálito ardiente que embriaga de entusiasmo, subleva contra la iniquidad, satura de altruísmo y de coraje, y temple la voluntad como el acero candente sumergido en el agua: a veces ungidos por la elación

apostólica, señalan nuevas rutas al espíritu, derriban los símbolos caducos, y trazan círculos cada vez más dilatados al derecho—cuyas realizaciones se hallan todavía tan lejos de llenar el ámbito de la justicia—como se halla lejos del término de su marcha, el caminante que al llegar a la primera etapa de la ascensión, apenas distingue en medio de la niebla la cúspide del monte.

Ya que la voluntad es una potencia sentimental, toda idea para obrar sobre ella ha de vestirse de pasión: el orador vivifica la árida estructura de la dialéctica, con el colorido brillante de sus imágenes, con la amplitud y la riqueza de sus formas verbales, con los arranques inesperados de su elocuencia, con el ascendiente fascinador de su mímica, de su mirada, de su voz. Por eso el filósofo no ejerce en muchos años de meditación creadora el influjo que alcanza en un fugaz instante, el orador. En cada una de las horas decisivas de la historia, en cada uno de los movimientos que han hecho avanzar la civilización moral de la humanidad, la palabra del tribuno ha sido el fanal cuyos fulgores permiten divisar el horizonte, el aglutinante supremo de las aspiraciones colectivas, el huracán desatado que propaga el incendio.

Cuando la prosperidad se extiende como un soplo benéfico sobre el territorio de las naciones, llevando un poco de sosiego hasta los estratos más atormentados de la sociedad, y cuando el espectáculo siempre ruidoso de las obras de progreso material, adormece la noción de los valores espirituales, los pueblos se entregan con abandono a la paz del vivir y no advierten la inminencia de los peligros que los amenazan. Es entonces cuando el orador que ha escrutado con intuición de vidente el porvenir, se da a la tarea de anunciar la tempestad, en medio de la confiada incredulidad que lo circunda. Su voz se alza en tales ocasiones, embravecida y atronado-

ra, para fustigar a los que disputan por cuestiones menudadas, cuando las causas profundas que amenazan socavar la estructura del Estado, preparan con segura eficacia la catástrofe. En tales épocas de crisis moral, sólo el orador, que con cálidos y solemnes apóstrofes rompe la frialdad del ambiente y comunica a las masas el ardor que lo devora, encadenándolas al carro de su palabra arrebatada, es capaz de salvar a su patria y a su pueblo.

Un estado de cosas en contraste con los sentimientos generales y con el desarrollo de la cultura, determinado por una legislación anacrónica o por un mal gobierno, ocasiona en ciertos momentos históricos una inquietud y un malestar colectivos, que todos los ciudadanos sienten en forma vaga e imprecisa, pero que sólo muy pocos aciertan a definir, y que los más, temerosos de aparecer revolucionarios o de comprometer posiciones adquiridas, disimulan y disfrazan o apenas confiesan en el círculo de sus intimidades y en voz baja. Pero que un incidente cualquiera muestre de manera clamorosa las lacras de los sistemas vigentes: el orador desnudará ante la asamblea popular los institutos funestos y los hombres culpables; y entonces, las aspiraciones hasta ese momento desorganizadas y confusas, se verán traducidas en representaciones concretas, las causas del descontento aparecerán expresadas con nítida firmeza, y los anhelos reprimidos se manifestarán con unánime espontaneidad. El orador que recoge en la caja sonora de su cerebro todas las palpitaciones de la multitud, la subyuga, la estremece, la exalta, la posee por entero, porque cada uno de los que forman la multitud siente que sus propios sentimientos fluyen, embellecidos y magnificados, de los labios del tribuno.

En el recinto de los parlamentos, donde los intereses y los compromisos de todo género hacen por lo co-

mún, inaccesibles los espíritus al influjo del razonamiento y de la pasión, es fuerza que el arte oratorio despliegue sus más sagaces y sorprendentes recursos. No se conmueve con frecuencia a un grupo de gentes experimentadas y prevenidas, que controlan todos sus gestos y analizan, uno a uno, los del orador; no es fácil arrastrar a los parlamentarios, encerrados dentro de una estudiada reserva, invocando las grandes palabras y los grandes sentimientos que hacen vibrar a las multitudes; y no es prudente intentar romper a golpes la maza, la actitud escogida de antemano por los grupos políticos ante los problemas públicos.

Sólo que el gran orador logrará crear dentro del parlamento, el ambiente propicio a la eficacia de su palabra. Su penetración y su fineza le permitirán destruir la barrera de los intereses, suscitando nuevos intereses; deshacer la trincheras donde se agazapan los pusilánimes, logrando persuadirlos de que es menos de temer el campo abierto; asaltar el fuerte escogido por los candidatos al peculado, exhibiendo sus maquinaciones y exponiéndolos a la reprobación colectiva; ganar por la sugestión y el halago el apoyo de los vacilantes. Con sutil y elegante flexibilidad, el orador parlamentario que disocia, atemoriza, insinúa, disuelve, hará mudar las circunstancias, perturbará la dirección de los vientos, causará el estupor, la indignación o el entusiasmo. Y una vez colocado bajo la atmósfera que convenga a su elocuencia y a la naturaleza del asunto, después de esclarecer el debate con una discusión fina y brillante, obrará sobre el parlamento con la misma seguridad con que obraría sobre la muchedumbre. Si logra en tales momentos fulminar a un adversario con la ágil violencia de una réplica, o ridiculizar la tesis contraria con una aguda ironía, o acometer a quien personifique los sistemas que combate, con uno de aquellos apóstrofes súbi-

tos y terribles con que asombraron a sus contemporáneos Cicerón y Mirabeau, su victoria será definitiva y la autoridad de su nombre alcanzará una altura inexpugnable.

El orador que en la asamblea legislativa afronta con noble arrojo la responsabilidad de los pasos decisivos en la vida de las naciones, ejerce con austera dignidad en los estrados judiciales, el ministerio de la palabra. Poseído por su misión de auxiliar de la justicia, sostiene con cálida vehemencia, con entereza y con amor, la causa de los débiles, de los oprimidos, de los ofuscados por la fatalidad y el dolor, que amamantados en los senos escuálidos de la miseria, crecieron sin ternura roídos por las taras atávicas, y rebeldes a la ley del más fuerte, se refugiaron vencidos en la charca fangosa del delito; y flagela también, sin odio y sin rencor, pero con enhiesta firmeza, a los que sacrificaron el derecho ajeno, movidos por la ambición y la concupiscencia, en equilibrio sobre la red abominable de las influencias corruptoras, y abrigados tras del respeto supersticioso, que aún en los grupos sociales de cultura más selecta, cubre el pecado de los poderosos.

Desde la tribuna académica o ante el auditorio universitario, el orador aporta al patrimonio del saber universal, la fecunda originalidad de sus teorías, reduce las cuestiones más abstrusas a síntesis diáfanas y precisas, accesibles a todos los espíritus, difunde sus ideas y refuta las ideas contrarias con la fuerza tajante de su razonamiento. No puede saberse entonces si es mayor el deleite que produce la belleza acabada del estilo o la inquietud que suscita la trascendencia fundamental de las conclusiones sostenidas.

Jamás doctrina alguna filosófica, jurídica o científica, pudo ser comprendida y amada de la misma manera por los que la asimilaron al través de las páginas de

un libro y los que la oyeron sostener por los labios sapientes del maestro, que agitado por la convicción que lo posee y bajo la flagelación cerebral de su anhelo de ganar prosélitos, clavará tan hondas las huellas de su mente creadora sobre el espíritu de los oyentes, que aun sus irreconciliables adversarios aumentarán a pesar suyo la gloria de la escuela combatida, con el frenesí de sus aplausos.

Por lo que hace al orador sagrado, que erigiéndose en doctor de las naciones, se esfuerza desde la cátedra circundada por una aureola ultraterrena, por crear el milagro de la fé en el corazón de los hombres, su misión augusta lo eleva a tal punto sobre la sociedad que lo escucha con embelesado recogimiento, que le permite prestarle a su elocuencia tal majestuosa grandeza, tales acentos de soberana autoridad, tal magnificencia de formas, tal libertad para exaltar los valores morales y para azotar el menguado esplendor de que se viste la concupiscencia, que nunca las fulguraciones del genio, penetran tan hondamente las almas, las sacuden y las avasallan, como cuando se propagan, desde las alturas del púlpito, por los ámbitos silenciosos de las catedrales.

Solo que ese dón excelso de la palabra, esa bruñida coraza que un día protegió en Roma la república amenazada, mejor que sus legiones pujantes y sus caudillos invictos, ese ariete formidable que dió en tierra con la pirámide de la monarquía francesa, y que inició la ruina del dilatado poderío español sobre la América austral, no fluye de los labios del hombre en su acabada plenitud, sino en contados momentos, al través de las épocas. Sólo destilada por un proceso de selección secular, surge la elocuencia como uno de los frutos de oro de las civilizaciones maduras. Atestigua Cicerón que los griegos perfeccionaron todas las otras artes,

antes de cultivar la elocuencia. Y sin embargo todos sabemos lo que Ortega y Gasset dijo en frase sintética: Grecia ha inventado los temas substanciales de la cultura europea, y la cultura europea es el protagonista de la historia. Ya se considere la oratoria como el resultado del ejercicio o como un don de la naturaleza, nada hay más difícil en el mundo, nos enseña el mismo Cicerón. No sin motivos, el modelo consumado de todos los oradores, después de veinte años de preparación, durante los cuales frecuentó las lecciones de los mayores maestros de su tiempo, se presentó temeroso, sobre la ROSTRA del foro.

El orador, he dicho, es el intérprete de la humanidad. Debe por eso expresar en síntesis representativa, los atributos más altos del ser humano; pero como esos atributos difieren en intensidad y en extensión de época a época, y se manifiestan enlazados de manera varia, en los diversos pueblos, el orador ha de ser la flor de sus contemporáneos. Reunirá al saber vasto y proteico, acumulado en largos años de elaboración mental, una destreza descollante en el arte de razonar. Poseerá la índole y el genio de su lengua con tal profundidad, que pueda encontrar siempre, el léxico, la forma sintáctica y la armonía verbal que sean adecuados para cada situación y para cada asunto. Estará dotado de una voz poderosa, rica en todos los tonos, capaz de expresar lo patético, lo solemne, lo sencillo y lo irónico con particulares inflexiones. Voz sonora, que maltrate y acaricie, que resuene a veces como el trueno y apenas se deje escuchar a veces, como el rumor de la fuente. Será maestro cumplido del gesto y de la acción que integran la elocuencia, traduciendo en forma casi plástica la vivacidad de los pensamientos. Sus asociaciones de ideas fáciles y rápidas, le permitirán hallar relaciones aun entre las cosas más extrañas las unas de las otras,

y descubrir para toda ocurrencia imprevista, un recurso, con ágil prontitud. Sus concepciones políticas y sociales serán tan amplias, tan profundas y tan penetrantes, como es tumultuoso y fluido el desborde de su palabra.

Pero a pesar de que sin tales cualidades no podrá calificarse a nadie como príncipe de la oratoria, ellas no son al orador sino lo que es al templo griego el peristilo.

La grandeza de alma, la elevación de los sentimientos, la austeridad y la firmeza de los propósitos, la devoción apasionada por el ideal, la fe en los principios sostenidos y la lealdad para defenderlos contra todo y contra todos, son las virtudes que tallan en basalto la contextura moral del orador. No se le exige la perfección moral: pero en él no puede tolerarse la felonía ni la falta de coraje, la mezquindad ni el disimulo artificioso.

Si se priva a la oratoria de las alas del águila, podrá deleitar a las muchedumbres pero no arrebatárlas; podrá servir los intereses de un círculo o los de un partido, pero no hará jamás palpitar el corazón de la patria, ni podrá sostener la causa de la humanidad; derribará quizás a los hombres pero será incapaz de forzar el destino de las naciones; suscitará la admiración pero no ejercerá autoridad sobre los pueblos. Es en vano que el orador intente elevarse hasta las alturas de lo sublime y de lo eterno, es en vano que intente perdurar en la memoria de los siglos, si un ardiente fervor por la justicia y la verdad, no lo guía, no lo inflama, no lo sitúa sobre un plano superior a los halagos de la fortuna y a las acometidas de la adversidad.

Señores estudiantes: el instituto ilustre de Fray Cristóbal de Torres quiere formar ante todo grandes caracteres. El momento angustioso que atraviesa el país, se debé en mi concepto a ¡la relajación de la entereza ciudadana. Si he intentado con temerario atrevimiento

ensayar en este acto tradicional la alabanza del orador, es porque entre vosotros habrán de reclutarse no muy tarde los conductores de la patria; es porque en este Claustro se enseña el derecho cuyo ministerio requiere el amparo de la elocuencia; y es porque nuestra nacionalidad espera hoy con un clamor anheloso, al consumado estadista que ha de congregar al conjuro de su palabra redentora, a todas las conciencias puras, a todas las voluntades intrépidas, a todas las almas magnánimas, para sostener sobre nuestro suelo la república y para hacer de la República una viva imagen de Palas Atenea, la señora del Atica.

Bogotá, octubre 26 de 1929.

CARLOS LOZANO Y LOZANO

